¿No nos ha acontecido alguna vez que le hemos gritado al Señor que dónde se esconde pues solamente vemos tempestades y oscuridad? ¿No hemos tenido la tentación de pensar que el Señor está dormido y no hace caso a los graves peligros que amenazan a sus seguidores? Es curioso. Apenas Jesús ha manifestado a quienes pretenden seguirlo todos los riesgos que implica el ir tras sus pasos, cuando aparecen las tempestades.

Y lo más triste es que Jesús estaba dormido. La tranquilidad que manifiesta Jesús en la narración contrasta con los azotes que recibe la barca y con los temores que agobian a sus discípulos. Me parece que la tempestad del evangelio tiene un simbolismo muy cercano en nuestros días por las situaciones que amenazan a los discípulos de Jesús, a tal grado que muchos se preguntan si todavía sigue en la barca Jesús, si está dormido o si será mejor abandonar también la empresa. Dos actitudes muy bellas se nos ofrecen como respuesta.

Primeramente, la oración angustiosa elevada, gritada, por sus discípulos. Parecería inútil gritar a quien está junto a ellos en el mismo peligro, sin embargo, es la señal de ponerse en sus manos: “Sálvanos, que perecemos”. Es reconocer la impotencia y la debilidad frente a las tormentas y confiarse al poder y al amor de Jesús. Sólo cuando se reconoce la propia inutilidad se está en posibilidades de abandonarse en manos de Dios. La respuesta por parte de Jesús también tiene una respuesta a las angustias y a las dificultades presentes: ¿por qué tienen miedo, hombres de poca fe? Son las dos características del hombre actual: el miedo y la falta de fe.

¿Una, consecuencia de la otra? ¿Una primero que la otra? Son las realidades que al hombre moderno, que tanto se ufana de sus seguridades, más le atormentan. Miedo al futuro, miedo a los peligros, miedo a los otros, miedo al sufrimiento. Y quizás en la raíz de todos estos miedos esté la falta de fe. De una verdadera fe que es entrega y compromiso, que es donación plena de la vida, y seguridad en quien hemos confiado. Que este día también nosotros estemos dispuestos a afrontar las tempestades no confiando en nuestras propias fuerzas ni con nuestros propios métodos, sino confiando en el amor y la cercanía de Jesús.